

Hoja Dominical

APROBADA Y BENDECIDA POR LOS SEÑORES OBISPOS DE COSTA RICA

AÑO
XVIII

Redacción y Administración
PP. Capuchinos, Cartago.

5 ejemplares semanales
€ 7.00 al año.

50 ejemplares semanales
€ 1.25 cada semana.

Nº.
819

SANTORAL

Dom. 28 III de Cuaresma. San Leandro, Baldomero, Basilio y Procopio mrs.

CUARTO MENGUANTE a las 12,43 p. m.

Lun. 29 San Román y los mrs. Macario, Rufino, Justo y Teófilo.

Mari. 1 S. Albino ob. y los mrs. León, Donato y Niceforo.

Miérc. 2 Stos. Simplicio, Jovino, Alejandro y Ulpiano mrs.
Ayuno sin abstinencia.

Juev. 3 Santa Conegunda emp. y los mrs. Lucilo Fortunato y Murcio.

Viern. 4 San Casimiro, Adrián y los mrs. Basilio, Eugenio y Elpidio. *Ayuno con abstinencia.*

Sáb. 5 Santos Eusebio, Adrián mrs. y Teófilo ob.

CORTE DE LA DIVINA PASTORA

El sábado día 5, corresponde obsequiar a la Divina Pastora de las almás, con los cultos correspondientes al Coro 6 de que es Celadora la Srita. Angélica Céspedes V.—
María Santísima es: «Milagro tan excelente y altísimo, que a los ángeles arroba y suspende, y a los hombres llena de estupor. (*San Epifanio*).

Domingo III de Cuaresma

Evangelio según San Lucas—Cap. XI, vs. 14-28

En aquel tiempo estaba Jesús lanzando un demonio, el cual era mudo; y así que hubo echado al demonio, habló el mudo, y todas las gentes quedaron muy admiradas. Mas no faltaron allí algunos que dijeron: Por arte de Beelzebub, príncipe de los demonios, echa él los demonios. Y otros, por tentarle, le pedían que les hiciese ver algún prodigio en el cielo. Pero Jesús, penetrando sus pensamientos, les dijo: Todo reino dividido en partidos contrarios quedará destruído; y una casa dividida en fracciones camina a su ruina. Si, pues, Satanás está también dividido contra sí mismo, ¿cómo ha de subsistir su reino, ya que decís vosotros que yo lanzo los demonios por parte de Beelzebub? Y si yo lanzo los demonios por virtud de Beelzebub, ¿por virtud de quién los lanzan vuestros hijos? Por tanto, ellos mismos serán vuestros jueces. Pero si yo lanzo los demonios con el dedo o virtud de Dios, es evidente que ha llegado ya el reino de Dios a vosotros. Cuando un hombre valiente, bien armado, guarda la entrada de su casa, todas las cosas están seguras. Pero si otro más valiente que él, asaltándole, le vence, le desarmará de todos sus arneses, en que tanto confiaba, y repartirá sus despojos. Quien no está por mí, está contra mí; y quien no recoge conmigo, desparrama. Cuando un espíritu inmundo ha salido de un hombre, se va por lugares áridos, buscando lugar donde reposar; y no hallándolo, dice: Me volveré a mi casa, de donde salí. Y viniendo a ella, la halla barrida y bien adornada. Entonces va y toma consigo otros siete espíritus peores que él; y entrando en esta casa fija en ella su morada. Con lo que el último estado de aquel hombre viene a ser peor que el primero. Estando diciendo estas cosas, he aquí que una mujer, levantando la voz en medio del pueblo, exclamó: Bienaventurado el vientre que te llevó, y los pechos que te alimentaron. Pero Jesús respondió: Bienaventurados más bien los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica.

Aplicación moral

«O conmigo, o contra mí: no hay medio». Esta declaración de Jesu-Cristo es verdaderamente estu-
penda. Semejante declaración, tan categórica, tan absoluta, tan universal, tan apremiante, nadie jamás la ha podido hacer. Solo Jesu-Cristo la ha hecho, porque solo él podía hacerla. Es justo, y será altamente provechoso, considerar con alguna atención

el alcance de estas declaraciones, y los derechos que asisten a Jesu-Cristo para poderlas hacer.

Para Jesu-Cristo no hay neutrales, ante Jesu-Cristo nadie puede permanecer indiferente: o con él y por él, o contra él. Con esto exige Jesu-Cristo, no ya solamente que no se le impugne o aborrezca o resista, sino que positiva y decididamente nos

declaremos por él y nos pongamos a su lado, con adhesión total e inquebrantable, con abnegación universal e ilimitada, con obediencia rendida y ciega, aceptando íntegramente su programa, resignando en sus manos y consagrando enteramente a su servicio, al de su causa y al de su persona, cuanto somos, podemos, valemos y tenemos, rompiendo por todo, abandonándolo todo, siempre y cuando él lo exija. Jesu-Cristo tiene rivales o adversarios de dos géneros: unos invisibles, como Satanás, y otros visibles y exteriores, como los Escribas y Fariseos. Pues bien: en ambos ordenes reclama Jesu-Cristo fe, adhesión, sumisión, entrega completa: que positivamente nos decidamos y declaremos por él, si no queremos estar contra él; que abierta e irrevocablemente rompamos con todos sus adversarios, si no queremos ser contados entre ellos.

Según esto, el mundo moral está dividido en dos bandos, diametralmente opuestos e irreconciliables: el de Satanás y el de Jesu-Cristo; el del mal, acaudillado por el «Fuerte armado», y el del bien, capitaneado por «Otro más fuerte». Ante estas dos potencias universales, absorbentes, irreductibles, en un negocio tan vital, que tan de cerca toca a todos, como que es el negocio de la vida moral y de la felicidad, ¿quién hay que pueda permanecer pasivo y declararse neutral? Además: entre los dos bandos, y entre los dos caudillos, ¿es justa, es posible un momento, la comparación o la indecisión? ¿Qué derechos puede alegar el jefe del mal? ¿O qué títulos no puede invocar en su favor el caudillo del bien? ¿Es posible la opción entre la muerte y la vida? ¿Entre la desdicha eterna o la eterna felicidad? ¿Entre las tinieblas y la luz?

Tiene, pues, Jesu-Cristo pleno derecho para exigirnos imperiosamente que ante él nos declaremos, y que sin vacilar un solo momento nos declaremos resueltamente por él. Y a estos derechos de Jesu-Cristo, nuestro Caudillo, nuestro Rey y nuestro Dios, es obligación nuestra responder con aquel arranque de admirable lealtad con que Etai Geteo respondió a David, que, al huir de Absalom, le persuadía que no le siguiese en el peligro: «Vive el Señor, y vive el Rey mi Señor, que donde quiera que estuvieres, ¡oh Rey mi señor!, sea en muerte, sea en vida, allí estará tu siervo» (2 Reg., 15, 21).

CONDUCTA CRISTIANA

Dice el Espíritu Santo que la vida del hombre en la tierra es una continuada milicia. Guerra dentro y guerra fuera; enemigos en el mundo y enemigos en la soledad, en todo tiempo, en todo lugar, en toda edad, y en todo estado; y la felicidad eterna no es más que el premio que Dios otorga a quien consigue la victoria en esta lucha inevitable. Ahora bien, como en un ejército los soldados cobardes que no saben vencer al enemigo o tienen miedo, tratan, si son vencidos, de justificar su cobardía diciendo que el ejército enemigo era más numeroso, mejor aguerrido y que ocupaba posiciones inexpugnables; así también hay muchos cristianos que, para justificar su vida de pecados, echan toda la culpa al demonio. Según ellos fué el demonio quien les hizo arrojarse de bruces en aquella relación pecaminosa; es el demonio quien les mantiene en ella, es el demonio quien les impide restituir lo ajeno, quien les induce a la venganza, a la usura, al delito; y de esta suerte buscan una excusa para sus prevaricaciones.

Que el demonio existe es verdad atestiguada por todos los sabios y por todos los pueblos antiguos y modernos. Platón, Esquilo, Cicerón, Séneca, Plutarco, Porfirio, como también los griegos, los romanos, los indios, los fenicios, los chinos, todos afirman la existencia de espíritus malos a los que dan diversos nombres, pero siempre asignan la misma índole perversa; a saber, la de inducirnos al mal. Pero para nosotros basta el Santo Evan-

gelio, que en varios lugares nos habla de este ángel caído, el cual en su atrevimiento llegó a tentar al propio Hijo de Dios en el desierto. El número de estos espíritus que nosotros llamamos demonios es enorme, pues sabemos por la Escritura que Satanás, en la gran rebelión, arrastró consigo a un número infinito de habitantes del cielo. Ellos están dotados de una inteligencia superior a la del hombre, porque, si bien decaídos del estado de gracia, poseen todas las dotes de la naturaleza angélica, y la misma palabra *demonio* significa conocedor. Privados de cuerpo son, por lo mismo, más aptos para las sutiles investigaciones. Incansable el demonio como león hambriento que ansía la presa, nos rodea para devorarnos; y su presa es nuestra alma cuando se le entrega esclavizada por el pecado. El no nos deja ni un momento en paz, y hace levantar la carne y el mundo en guerra implacable contra nosotros.

Alguien preguntará: ¿Por qué Dios ha permitido la existencia de un enemigo tan encarnizado y poderoso de nuestra alma, y que nuestra salvación eterna quedara expuesta a prueba tan terrible? Pero si así no fuera, contesto yo, ¿cuál sería nuestro mérito? El galardón debe ser proporcionado al trabajo. Ahora bien, si el premio es infinito, si importa una felicidad eterna, para conseguirlo se necesita un mérito que, si no supere a todas nuestras fuerzas, de todas exija el concurso. Toda tentación del demonio, dice San Bernardo, nos hace acreedores a una nueva corona de gloria, y de esta suerte la acción seductora de Satanás sirve en el gran plan de la providencia al triunfo del bien. Por consiguiente, la tentación nos proporciona ocasión de mérito y aumento de gloria. Por esto Dios permite las tentaciones y no exime de ellas ni a sus almas más queridas. ¿Quién más justo que Tobías? El oraba siempre y con lágrimas de verdadera devoción; él estaba dedicado por completo a las obras de caridad y, en particular, a aquella que el mundo considera más baja, la de enterrar los muertos. Y bien, todo esto le mereció que Dios diera al demonio la facultad de probarle con la tentación. De donde resulta, que la tentación, considerada en sí misma, no es un mal, aun cuando Dios solamente la permite. Mediante ella nos hace conocer nuestra debilidad y la necesidad continua en que nos hallamos de su auxilio para no caer en pecado. La tentación nos humilla. El apóstol San Pedro, antes de la tentación que le hizo ser perjuro, presumía mucho de sí mismo; se creía tan fuerte e invencible que había dicho a Jesús que no le abandonaría ni aun en el caso en que tuviera que morir con Él. Pero la caída sirvió para abrirle los ojos y hacerle conocer su propia miseria, para humillarse, llorar y ser después un gran santo. Cuando somos tentados acudimos a la oración, que despierta el fervor y quedamos más unidos a Jesucristo, estamos más en guardia contra las ocasiones y nos ejercitamos en la virtud.

Alguno quizás insista diciendo: —¿Y quién podrá resistir al demonio?—El, espíritu angelical y de inteligencia superior, tiene muchos recursos, conoce nuestro flaco, la pasión que predomina en nosotros, y esto hace que sea imposible resistirle con éxito. Convento en que el demonio es superior al hombre; y San León nos advierte que él con finísima penetración examina las inclinaciones naturales de cada uno de nosotros, las cualidades de la complexión y del temperamento, las necesidades de cada persona, a fin de que la tentación no falle.

Por consiguiente, la dificultad en resistir a las tentaciones de Satanás es un espantajo que este eterno enemigo de nuestras almas nos pone adelante para hacernos perder la confianza en la gracia del Señor. Por terrible y prolongada que sea la batalla a que nos provoca el demonio, no debemos acobardarnos nunca, ni dudar un instante de la bondad del Señor, que ha fijado un límite a su

acción insidiosa. Parece, a veces, que no nos escucha y nos abandona; mas no es así. Cuando Santa Teresa era terriblemente tentada por el demonio, después de la tentación se quejaba dulcemente al Señor y le decía: —¿Dónde estuviste, Señor, que me dejaste sola con el demonio?—Estaba más cerca de tí que en ningún otro tiempo,—le contestó el Señor. Por eso en el desierto, San Antonio, rodeado de una turba de demonios que trataban de infundirle miedo, confiado en Dios, se reía de sus ruidos y de sus artimañas.

Sea dicho todo esto para infundirnos ánimo, cuando seamos tentados por el demonio, y para no dejarnos amilanar por sus astucias. Mas no para desear y buscar la tentación, no; antes bien debemos huir de ella en cuanto de nosotros dependa, especialmente de las que son contra la santa pureza, porque, como dice el Espíritu Santo, quien ama el peligro perecerá en él. Dios nos abandonará en él en castigo de nuestra presunción; y por lo tanto, no solo debemos huir de ella, sino también pedirle al Señor que de ella nos libre, y esta es precisamente la última petición del Padre nuestro: «Y no nos dejes caer en la tentación». Pero cuando el Señor las permite, desechemos todo temor, acudamos a la oración, pues el Señor ha prometido que, si le llamamos, acudirá en nuestro auxilio y nos librará de peligro, siendo, como es, generoso en gracias para todos aquellos que le invocan. Que si, a pesar de nuestras plegarias, la tentación persiste, no hay que cansarse ni amilanarse, sino persistir por nuestra parte en la oración. *Si el demonio sigue golpeando la puerta de vuestro corazón, es señal que todavía no ha entrado*, como dice San Francisco de Sales. La frecuencia de los sacramentos, las buenas lecturas, la meditación de los Novísimos y de la Pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo, son medios poderosos para rechazar los asaltos del demonio.

UN PUÑADO DE VALIENTES

Preséntanos el Antiguo Testamento ejemplos de no pocos héroes, a los que nosotros, pobres pigmeos del siglo XX, tenemos que mirar muy de abajo para arriba. Uno de esos valientes es Gedeón. Antes de sus hazañas sufrió una prueba. Reinaba en su villa natal el culto de los ídolos. Los adoradores del Dios verdadero se ocultaban medrosos. Poseía el padre de Gedeón, en un bosque sagrado, un altar consagrado a Baal. «Empuña tu hacha, Gedeón, y tala el bosque sagrado! Haz astillas el altar de tu padre!» Así habló el Señor.

Gedeón tembló. Imagináis la cólera de su padre! Qué provocación! Qué atentado a la paz confesional! Y el gobierno? Y la policia? Y el pueblo? Cuántos motivos de temer! Animo, Gedeón... Dios ha hablado. Dios lo quiere! Tomó Gedeón diez de sus más fornidos criados y mientras los demás dormían puso manos a la obra. Al amanecer el altar de Baal estaba hecho astillas y el bosquecillo sagrado que lo rodeaba talado. Conmovióse la villa. Gedeón es reo de muerte! Gedeón se mantiene impassible; burlándose de la locura del culto idolátrico. Su valor se impone. La muchedumbre se dispersa. La minoría que lucha con Dios ha vencido a la mayoría. Cuando se combate por Dios, poco importa el número!

Un hombre que hace frente a un pueblo entero no teme más ante una nación. Gedeón es libertador que librará a Israel del yugo de los Madianitas. Se acerca el gran día. Gedeón moviliza sus tropas. En poco tiempo se agrupan sobre él 32,000 hombres en armas. Gedeón los revista. Son muchos, pero parecen todavía pocos: 32,000 contra 135,000. Una minoría contra una mayoría!

¿Y qué sucede? El Señor de los Ejércitos se aparece a Gedeón y le dice: «Madian no será vencido por tus soldados!» Nada más natural:

32,000 contra 135,000; la derrota es matemática y extratégicamente cierta. Pero aguardad un poco: dejad que hable Dios. Dios dice: «Tienes demasiada gente contigo y por esto no vencerás a Madián; porque es preciso que Israel no pueda vanagloriarse diciendo: es mi fuerza la que me ha salvado!» Dios tiene un plan de campaña que no es ciertamente el del gran Estado mayor!

«Di al pueblo de suerte que todos te oigan: que los que tiemblen o tengan miedo, se retiren». Y se fueron 22,000 hombres; quedaban sólo 10,000. La minoría de una minoría! ¡Qué locura!, dirá cualquiera que juzgue tener alguna experiencia en la guerra.

Pero el Señor vuelve a decir a Gedeón: «Tienes aún demasiada gente!» Y se retiran a sus casas 9,700. Ya no queda más que 300. Y el Señor entrega a Madián en manos de aquel puñado de valientes. Al filo de su espada cayeron 120,000. La estrategia de Dios triunfa de la de los hombres, y la minoría gobernada por Dios triunfa de la mayoría.

Deduzcamos la lección de esta historia de Gedeón. Nuestra táctica moderna es falsa. Damos demasiada importancia a la multitud. Los registros de inscripción de nuestras asociaciones católicas contienen nombres de sujetos que suscribirían cualquier programa, abonados a los periódicos liberales, desertores de la misa de los domingos, comedores de carne en días de abstinencia, traidores a la verdadera causa en días de elecciones, verdaderos Judas a la hora de la acción, cobardes, que por un buen negocio venden lo más sagrado. ¿Os imagináis que tropas semejantes puedan sostener la lucha y ganar muchas victorias al Señor? ¿Pueden merecer la bendición de Dios? ¿No puede decirse con razón de ellas: «son demasiados»? Como Gedeón antes de la hora del combate despachemos a los cobardes, a los traidores, a los perezosos: con un ejército que tiene un 50 por ciento de inútiles jamás se puede ganar una batalla. Los cobardes atraen la maldición de Dios y no la victoria».

El R. P. Superior y Comunidad de PP. Capuchinos de Cartago, se complacen en dar las más expresivas gracias a cuantas personas se interesaron durante la enfermedad y manifestaron su condolencia con motivo de la muerte del recordado P. Fr. Lorenzo de Pupiales.

Muy especialmente al Encargado de la Internunciatura Mons. Cogliolo, al Excmo. Sr. Arzobispo Rafael Otón Castro, a los Sres. Obispos de Alajuela y Limón, a las Autoridades de Cartago, al Vicario General, a los Sres. Canónigos, Congregaciones Religiosas y demás Sacerdotes que enviaron su pésame.



UNOS MINUTOS DE FILOSOFIA

—La imaginación exagera, la razón descuenta, el juicio regula.

—Cuando pedimos al cielo aquello de que más carecemos, apenas nos acordamos de pedir juicio.

—Al espíritu le gusta galopar; al juicio, andar despacio.

—Con juicio se adquieren las riquezas; pero con las riquezas no se compra juicio.

ACTO DE RESIGNACION

Una voz tuya fecundó la nada,
Y de ella me sacaste, oh Dios eterno!
Tú de mi vida tienes el gobierno:
Cúmplase en mí tu voluntad sagrada.

Misero y pobre, al respirar la vida,
Mi plazo ignoro, y a morir camino;
Yo a tus juicios, Señor, la frente inclino:
Sea, mi Dios, tu voluntad cumplida!

Mi risa puede convertirse en llanto,
Y mi llanto en placer, si tú lo quieres:
Yo acepto humilde lo que tú me dieres:
Cúmplase en mí tu voluntad, Dios Santo!

Seres hay que tu mano me destina,
Cuyo amor en la tierra es mi consuelo:
Tú quitármelos puedes, Dios del cielo:
Cúmplase en mí tu voluntad divina!

Siervo soy tuyo, y lo seré de modo,
Que siempre humilde mi obediencia abone:
Tú eres, Dios mío, quien de mi dispone:
¡Cúmplase en mí tu voluntad en todo!



MEMORARE DE SAN BERNARDO

Acordáos, oh peregrina
Madre de gracia divina
Que en cuanto el sol ilumina,
No se oyó jamás decir,
Que hubo un pecador siquiera,
Que a vuestro amor acudiera
Sin que de vos consiguiera
Cuanto os llegase a pedir.

Por esto, Madre adorada,
En vuestro amor confiada,
Aunque con culpas manchada,
El alma recurre a Vos,
Ófíme, Reina potente,
Y mi demanda doliente
Despachad pía y clemente,
Pues que nada os niega Dios.

EL MATRIMONIO CIVIL

Hé aquí las valientes palabras de un joven, a quien algunos amigos le aconsejaban, delante de su novia, que se casase sólo por lo «civil», para ser más libre:

—¡Yo contentarme con el matrimonio civil? Y tomando la mano de su novia, que, a aquella propuesta temblaba horrorizada prosiguió:

—«No temas, mi dulce hermana...; para ti y para mí, quiero un sacerdote, un sacerdote que nos llame «hijos» y que nos mire como padre.

Si morimos dejando hijos huérfanos, ¿acaso será el empleado del gobierno que nos casó por lo civil quien les dará protección?

Y si mis hijos mueren, ¿acudiré yo al funcionario del Gobierno para pedirle en mi desesperación que llore conmigo, que me fortalezca, que abra mi alma a la esperanza?

No. El empleado registrará nuestra defunción como registró nuestro nacimiento y nuestro matrimonio, y... nada más.

Quiero casarme por la Iglesia.—Allí, si yo muero, mi esposa encontrará a Jesús, el esposo de las almas; si muere ella, mis hijos encontrarán una madre que no muere, la sola que puede sustituir a la primera: María Santísima.

Sí; yo quiero tener el sacerdote en mi matrimonio, como lo tuve en mi bautismo, como lo tuve en mi primera comunión, como quiero tenerlo a la hora de mi muerte».

FILOSOFIA PARDA—BUEN ARGUMENTO

Un soldado, después de varios años de servicio, volvió por fin a su casa paterna.

Llega el primer día de fiesta.

«Pepe, ¿vienes a misa conmigo?» le dijo su buena madre.

«¡Pchs! ¡Déjame!... Mira que yo he viajado bastante; he estado mucho tiempo en M***; he adquirido muchos conocimientos que no se tienen en el pueblo. Sabe uno ya demasiado para rezar como las beatas».

«¿De modo que después de haber visto a M***, ya no hay que pensar en Dios?»

«Eso no, madre; pero... rezar, ¿para qué? Lo que yo digo: no me acontecerá sino lo que debe acontecerme; es, pues, superfluo pedir y fastidiar al Señor».

La buena madre calla y se va sola. Al volver a casa después de misa, no prepara la comida.

El licenciado llega a la hora de comer y halla la mesa vacía.

«¿Qué es esto, madre? Pero, si no hay nada preparado!»

«Es que... mira... tus reflexiones me han ilustrado. Yo me he hecho esta cuenta: ¿para qué trabajar? Si mi hijo ha de comer, comerá de todos modos; si no ha de comer, pues dejarlo. Ya veis si he aprendido pronto».

El hijo comprendió bien la lección, y recobrando el sentido, dijo: «Madre, prepara la sopa, y el domingo iremos juntos a misa».

Para ciertos tunos no valen otros argumentos.

¡AYES!—¡MAS PACIENCIA!

Después de un choque de trenes.

«¡Ay, ay, ay!...»

«¿De qué se queja Ud.?»

«Me parece que tengo motivo, con un brazo roto».

«¿Y por un brazo arma Ud. tanto escándalo, cuando hay aquí tanto muerto que no dice una palabra?»

¡Curioso! Pero esos ayes me están recordando una gran verdad.

Hay quienes por una nonada, por un dolorcito de cabeza o de estómago se quejan, lanzan gemidos, asustan a medio mundo...

Yo quisiera decirles muy bajito, para no avergonzarlos delante de los demás:

¿Y no sabe Ud. que estamos en esta tierra para sufrir?

¿Y ha olvidado Ud. que Jesús ha muerto en la cruz?

¿Y quisiera Ud. irse al cielo sin tomarse la menor molestia?

CONVENCION DE CABALLEROS C. DE CUBA

Los Caballeros Católicos de Cuba están celebrando su Convención Anual en el pueblo de Caibarién. Previamente invitados, acudieron 50 Delegaciones de otras tantas Uniones de la República. El pueblo de Caibarién en masa fué a recibirlos el día 4, siendo los ilustres huéspedes atendidos con toda suerte de consideraciones. El día 5 se celebraron dos sesiones en las que se tomaron acuerdos de trascendencia. Pero como buenos católicos, antes de comenzar las sesiones, todos los delegados recibieron en sus pechos el Pan de los Angeles.

¡SE ENCONTRO EL CONSONANTE!

Una mujer moderna y poetisa, para mayor desgracia, no se preocupaba absolutamente de su marido. Siempre iba con la ropa hecha jirones y su mujer haciendo versos. Un día se fué a reprenderla y la mujer le dijo: Estúpido, me has interrumpido cuando escribía:

«¿Qué dirá la dulce brisa,
del piélagos compungido?»

El marido le contestó:

—«Que le cosas la camisa
al pobre de tu marido»...

Imp. EL HERALDO, Cartago